

Alvar Ezquerra, Manuel (2014). *Lo que callan las palabras. Mil voces que enriquecerán tu español*. Madrid: JdeJ Editores, pp. 331

Rocio Luque
(Università degli Studi di Udine, Italia)

Keywords Etymology. Dictionary. Philology.

Durante el acto de inauguración del I Congreso Internacional de la Lengua Española, que tuvo lugar en Zacatecas en 1997, Octavio Paz definió la vocación poética como un amor inusitado por las palabras, por su color, su sonido, su brillo y las significaciones que muestran cuando, al pronunciarlas, pensamos en ellas y en lo que decimos. Se trata de un amor que se convierte en fascinación por el reverso del lenguaje – el silencio –, ya que cada palabra, al mismo tiempo, dice y calla algo y saberlo es lo que distingue al poeta de los filólogos, los gramáticos y todos los que practican las artes sutiles de la conversación.

En este sentido, resulta ser muy significativo el título que Manuel Alvar Ezquerra ha escogido para uno de sus últimos esfuerzos, *Lo que callan las palabras*, un libro que, como el mismo autor afirma en su introducción, «La prodigiosa vida de las palabras», no es un diccionario histórico ni etimológico, aunque el origen de los términos recogidos es el que explique el porqué de los sentidos o de las relaciones entre los mismos. Y no es tampoco un volumen de investigación filológica, por más que haya sido necesaria en su creación y por más que contenga referencias a los contenidos del diccionario de la Real Academia y citas de autores de diccionarios del Siglo de Oro. Resulta ser significativo porque este libro, que se presenta como un diccionario, no recoge solamente mil voces de uso más o menos cotidiano de la lengua española, sino que recoge mil historias – de orígenes, de relaciones entre los términos, de desarrollos de sentidos nuevos, de contactos con factores extralingüísticos – que las palabras ‘callan’.

Y basta con consultar el lema ‘etimología’, compuesto por ‘étimos’ y ‘logos’, para recordar que este es el sentido verdadero de una palabra, que Nebrija la utilizó como equivalente de ‘derivación’ para la morfología actual y que el gramático latino Cosconio la consideraba un verdadero negocio porque en ella «está encerrado el ser de la cosa, sus calidades, su son, su materia, su forma, y de alguna de ellas toma nombre» (p. 138),

con unas imágenes que nos recuerdan la definición de vocación poética de Octavio Paz o, diríamos nosotros, evocación.

A lo largo del volumen, nos vamos encontrando con un descubrimiento o redescubrimiento – en el sentido de acción y efecto de recordar – tras otro. Acuden a nuestro encuentro los colores y nos percatamos de cómo los ‘azulejos’ no tienen nada que ver con el color azul, por derivar árabe hispánico *azzuláyǧ*; mientras que los ‘piropos’ se conectan con el color rojo intenso, al originarse en el griego *pyropós*, es decir ‘parecido al fuego’, tal y como la pasión que pretendidamente encierran los halagos verbales. Un rubor que tal vez aumentaría en una dama si, además de ser piropeada, recibiera como ofrenda floral unas orquídeas y supiera que estas toman su nombre de la forma de su raíz, cuyos tubérculos se denominan en griego *orchis*, es decir, testículos. Y acudiendo a otro dominio sensorial, en un proceso sinestético, le prestamos oído al carácter onomatopéyico de ‘gárgara’ o ‘burbuja’ pero también de ‘ganga’, «un bien que se adquiere a un precio muy por debajo del que normalmente le corresponde» (p. 151) por su conexión con la voz nasal de algunas aves.

Adentrándonos y descomponiendo las palabras, llegamos a las que derivan por prefijación, como es el caso de ‘desastre’, en donde el prefijo culto ‘de(s)-’ crea ‘des-astre’, o sea, la situación que vive quien ha perdido el favor de los astros. De la misma manera, es curioso observar cómo de ‘firmar’, en el sentido de «hacer firme todo lo contenido y escrito encima de la firma» (p. 115), deriven verbos como ‘a-firmar’, ‘con-firmar’ y ‘re-firmar’, pero, sobre todo, el verbo ‘en-fermar’, típico de quien pierde la firmeza que consiste en la salud. El prefijo latino *op-*, variante de *ob-*, lo encontramos en el lema ‘oportuno’, de *op-portus*, cosa que va a o hacia el puerto, con lo cual ventajosa y favorable. En palabras como ‘prostituta’, en cambio, hallamos el morfema ‘pro-’, ‘delante de, por’, que nos comunica que este sustantivo, de *pro-statuere*, denominaba a una mujer expuesta delante, públicamente a la venta.

Algunas preposiciones han dado lugar a lemas que han acabado por representar parónimos entre el español y el italiano, como en el caso de ‘bizcocho’, de *bis-coctus*, «cocido por dos veces» (p. 50), y que en italiano ha llevado a la formación de *biscotto*, lo que en español sería una ‘galleta’ mientras que al ‘bizcocho’ en italiano se le llama curiosamente *pandispagna* y solamente *galletta* en el caso del pan que se conserva mucho tiempo. Son muchos los falsos amigos que se dan entre ambas lenguas y que se podrían explicar con este volumen, como la famosa ‘gamba’, que en español es el nombre de un crustáceo por proceder del catalán *gamba*, mientras que en italiano es la ‘pierna’ por derivar del latín vulgar *camba*, y a su vez del griego *kampé*.

Los contactos entre ambas lenguas, el italiano y el español, aumentan consultando otras entradas, como ‘embarazar’ y ‘corbata’, que representan respectivamente un hispanismo y un italianismo; o ‘gazpacho’, que se

conecta con la voz *gazpáčo* del árabe hispánico, de algo hecho con sobras, lo cual explicaría la ausencia del tomate en la definición académica de la palabra; pero posiblemente también con el término toscano *guazeto*, con el que se denomina un tipo de potaje o guisado líquido con pedazos de viandas. Si nos detenemos en 'calza', los lemas se entretrejen aún más, pues se pone de relieve cómo la voz latina *calcĕa* haya dado lugar a palabras como 'calceta', 'calcetín', 'calzado' y 'calzoncillos' en español, y *calza*, *calzatura*, *calzino* y *calzoni* en italiano, mezclando no solo denominaciones sino sendas realidades. Y percatémonos, por ende, en los distintos derroteros de la palabra 'apagar', que antiguamente significaba 'satisfacer, apaciguar', acepción que al italiano ha llegado con *appagare*, y que por innovación semántica en español ha dado lugar a 'extinguir el fuego o la luz'.

Como hemos venido observando, este volumen representa un instrumento muy útil para aprender a usar bien el léxico, por parte de un discente, y para, como nos dice el mismo autor, «enseñar deleitando» (p. 11) lo que representa el 'florilegio de palabras' de la lengua española, sobre todo, añadimos, en el caso de la didáctica del español como lengua extranjera. Si como nos recuerda Octavio Paz, el poeta sabe que el silencio es inseparable de la palabra, es su tumba y su matriz, la letra que lo entierra y la tierra donde germina, podemos afirmar que Manuel Alvar Ezquerro en *Lo que callan las palabras* ha escarbado, y mucho, con un amor inusitado hacia el verbo que acalla o *appaga*.

